

una raya de 0^m,03 de largura por 0^m,06 de anchura, la cual corre á lo largo del esternon, son negras, y de este mismo color manchado de gris las caras posteriores. Los pequeños se parecen á la madre, si bien su color es en general de un pardo castaño oscuro; las piernas son negro-parduscas.

Schimper creyó que la cabra montés, que vive en las cordilleras del este y sur de España, debía formar una especie diferente del ibex alpino; pero los caracteres de uno y otro animal son entre sí tan parecidos, que es muy difícil establecer una separación entre los mismos: en efecto, el ibex de la sierra de Gredos, de la de Segura en Murcia, de la de Cuenca y del monte Carroche en Valencia, como también el de la Serranía de Ronda y Sierra Nevada en Andalucía, tienen la misma cornamenta que su congénere el alpino, y no difieren, en general, de este sino por su tamaño algo menor, por no abarcar tanta extensión el negro del cuerpo y ser su color algo mas claro, diferencias á nuestro entender de poca importancia para fundar en ellas dos especies distintas de nuestros rumiantes, mayormente si se considera que aquellas existen quizás tan solo en el pelaje de verano (1).

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—La cabra montés se extiende desde las costas del golfo de Gascuña hasta el mar Mediterráneo y desde los Pirineos hasta la Serranía de Ronda. Además de las cordilleras arriba citadas, habita también en Sierra Morena, en los montes de Toledo, en los Pirineos y en todas las demás elevadas cordilleras del norte y del centro de España; abunda mucho en la sierra de Gredos, y parece faltar por completo en las montañas de la costa cantábrica. «La sierra de Gredos, así lo describe mi hermano, está formada por la mas elevada eminencia de la cordillera Carpeto-Vetónica, la cual se extiende desde el Moncayo por Castilla y Extremadura, forma la divisoria del Duero y del Tajo, separa las dos Castillas, entra en Portugal con el nombre de sierra de la Estrella, y con el de la de Cintra viene á terminar en la costa del Océano Atlántico: el pico mas elevado de esta larga cordillera es el llamado Plaza de Almanzor, de 2,650 metros de elevación, y en él y en sus alrededores se

(1) Esta afirmación del Dr. Brehm queda en parte destruida por los siguientes párrafos que el Dr. D. Juan Vilanova añadió á nuestra primera edición de la *Historia natural* y que creemos oportuno reproducir aquí:

«La facies ó porte de esta cabra difiere poco de la alpina en cuanto á elegancia ó esbeltez y dimensiones, pero se distingue perfectamente por el color y muy especialmente por los cuernos. El pelaje es ceniciento ó rojizo, mucho mas intenso que el del *ibex alpinus*, con las patas, la parte superior de la cola y una línea que corre á lo largo del espinazo y que se prolonga hasta la cabeza, de color negro. La especie de crin que parte del tupé del occipucio y se extiende por todo el dorso, es mucho mas pronunciada en la española que en la alpina.

»Pero lo que mas distingue á estas dos especies es sin disputa alguna los cuernos, los cuales son grandes y contorneados en el macho y muy reducidos en la hembra. Con efecto, los del que se conserva en el gabinete de Historia Natural, cogido en Sierra de Gredos, y del que sacó el distinguido artista Laurent la preciosa fotografia que ha servido para la figura 250, miden 74 centímetros de largo por 10 de ancho en la base, siendo la forma de esta casi triquetra. En aquella extensión forman los cuernos del macho tres inflexiones; la primera desde el punto de arranque, donde están muy juntos, se dirige hácia arriba y adentro; la segunda, que se nota sobre el primer tercio, se verifica hácia fuera; por último, la tercera se ocurre hácia la extremidad superior y se dirige de fuera adentro otra vez. Los de una hembra algo mas jóven que el macho que se describe, apenas miden 15 centímetros, dirigiéndose sin inflexión ninguna de abajo arriba y hácia atrás.

»Aparte de las dimensiones, que en el macho exceden á las que ofrecen en el *ibex alpinus*, distingúense los cuernos por la forma y disposición de los pliegues y rugosidades que los adornan, pues en vez de ser transversales, rectos y escalonados como en la cabra alpina, en la española son oblicuos dirigiéndose de fuera adentro y de abajo arriba; los surcos que los separan no son tan profundos como en la otra especie, particularmente en el último tercio, donde todo se va desvaneciendo, y confundiendo, estrías y surcos.»

encuentra la morada favorita de nuestro animal. En el invierno, sobre todo en la vertiente meridional de dicha cordillera, baja la cabra montés hasta Extremadura, y en verano se la encuentra siempre en las inmediaciones del Almanzor, formando en general grandes manadas, particularmente los machos.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Estos viven la mayor parte del año reunidos con los de su propio sexo, y solo al acercarse la época del celo se juntan con las hembras, formando entonces manadas de ciento á ciento cincuenta individuos. Yo mismo pude en cierta ocasión ver una compuesta de ciento treinta y cinco machos: podría muy bien ser que en tales manadas se reunieran todos los que viven en la sierra de Gredos: sin embargo, en ocasión de una batida ví también juntas setenta y cuatro hembras, las cuales andan por regla general dispersas, formando pequeños grupos por los diferentes puntos de la sierra. Sin hacer caso alguno de la nieve y del frío, habitan comunmente los machos las mas altas cumbres de la cordillera, mientras las hembras, por el contrario, buscan, ya entrado el otoño, las vertientes meridionales y bajan en el rigor del invierno hasta las inmediaciones de las aldeas. La manada, dirigida siempre por el individuo mas fuerte, viejo y experimentado, camina con lento paso por escarpadas rocas en lo alto de las montañas, mirando cuidadosamente en todas direcciones, y olfateando sin cesar. El guía marcha delante de la manada, siempre vigilante y atento; detiéndose despues de recorridos unos diez ó doce pasos para aguardar á esta, y continúa su marcha no bien se ha puesto la misma en movimiento.

»Cuando un rebaño está paciendo, pónense algunos de sus individuos en sitios oportunos para hacer de centinelas y vigilan y olfatean continuamente; no bien alguno de estos ha visto algo sospechoso ó ha husmeado á algun enemigo, lanza un resoplido á manera de silbido, precipitase desde lo alto de su atalaya y se echa luego á huir, seguido de toda la manada, la cual va al trote ó galopando, segun sea el peligro mas ó menos inminente. Trascorridos algunos instantes se detiene esta en su fuga para examinar mas detenidamente el objeto de su espanto: si este es un hombre, continúa inmediatamente su carrera con paso rápido y cambia con frecuencia de dirección despues de una ó media hora de marcha; pero si es un perro ó un lobo la causa de su turbación, limitase á subir á lo alto de una escarpada peña y toma aquí posiciones en sitios del todo inaccesibles á su enemigo. Parece imposible que pueda la cabra montés subir con la facilidad, rapidez y seguridad con que lo hace, por peñascos casi verticales, en los que no se puede descubrir la menor desigualdad ó hendidura donde sostenerse, y no es menos sorprendente el que los pequeñuelos puedan, como los individuos mas viejos, asirse de tales rocas con los agudos bordes de sus cascos. Cuando una manada cree estar en completa seguridad, acuéstanse unos cómodamente con las piernas extendidas para descansar y hacer la rumia; comen otros las puntas de las yerbas y los sabrosos retoños de varias plantas alpinas, especialmente las flores de la retama juncosa (*spartium scoparium* y *spartium horridum*), mientras dos ó tres individuos se encargan de vigilar. Cuando el calor es muy intenso y el sol molesta demasiado con el ardor de sus rayos, tiéndese entonces la manada á la sombra de las salientes rocas ó en el interior de las cuevas, sin dejar por eso de tomar las precauciones que su propia seguridad reclama, poniendo antes de centinela á algunas hembras.

»Los machos no son tan prudentes ni vigilan con tanto cuidado como las hembras: los muy viejos en especial, se quedan á menudo detrás del rebaño; dejan á veces aproximarseles mucho el hombre en dirección contraria al viento,

y en vez de emprender al instante la fuga, como suelen hacerlo las hembras, trepan á una roca ó suben sobre un alto pedrusco y complácense en mirar por algunos momentos al hombre, su enemigo, dando así lugar á que este pueda apuntarles con entera seguridad. Yo mismo tiré y maté de este modo en cierta ocasión á uno muy robusto de ellos. Un macho separado de su manada es mucho menos tímido que cuando va con ella; presentóse en cierta ocasión á nuestra vista uno excitado por ciertos batidores, que yo con mis compañeros de caza habíamos apostado á cierta distancia; acercóse lentamente á uno de los cazadores que estaban á mi lado; disparó este dos veces consecutivas y otras tantas erro el tiro; huyó durante cortos momentos el animal y despues de recorridos algunos centenares de pasos volvió de nuevo á su tranquila marcha; colocóse detrás del sitio que yo ocupaba, miróme fijamente durante unos quince minutos, en tanto que yo estaba distraído, y se alejó poco despues; así me lo contaron mis compañeros de caza, con gran disgusto por mi parte, cuando hubo terminado la batida.

»Para con los animales inofensivos, no muestra la cabra montés ni temor ni simpatía; sin embargo, vésele á veces en la sierra de Gredos pacer tranquilamente al lado de las cabras domésticas, que en la mitad del verano suben desde el fondo de la montaña hasta las enhiestas cumbres habitadas por ella.

»A principios de noviembre comienza la época del celo para nuestro rumiante; reúnen entonces los machos con las hembras y trábanse desde luego entre estos, particularmente entre los mas viejos, encarnizadas luchas, ofreciendo con ello un espectáculo muy atractivo para los mas jóvenes, los cuales permanecen tranquilos espectadores de la escena; en el mes de diciembre se separan de nuevo ambos sexos, quedando tan solo en compañía de las hembras principalmente los machos de tres años. A fines de abril ó á principios de mayo, despues de 20 ó 24 semanas de gestación, pare la hembra un hijuelo; este sigue á la madre á las pocas horas de nacido y es cuidado por ella con mucha solicitud y cariño.

»Solamente entonces las hembras pasan á habitar la region meridional de la cordillera junto á las rocas mas expuestas á los rayos del sol; en vez de buscar las vertientes estériles, eligen las hondonadas y barrancos cubiertos de retama, y pasan aquí los últimos dias de la primavera y los primeros de verano. En caso de verse sorprendidos, huyen los pequeñuelos al lado de sus madres, y cuando en una larga persecución no tienen fuerza bastante para seguirla, se esconden entre un espeso matorral, detrás de una roca, en la hendidura de alguna peña, etc., y aguardan el regreso de aquellas. Estas huyen generalmente de los sitios cubiertos de nieve y parecen evitarlos con verdadera zozobra, cuando llevan á los pequeñuelos en su compañía.

»La cabra montés ha disminuido considerablemente de unos veinticinco años á esta parte en la sierra de Gredos, lo cual se explica perfectamente, dado que los españoles no parecen tener idea de un periodo de veda y además todos los pastores de las montañas de la península ibérica van armados de su escopeta y durante meses enteros de permanencia en aquellas persiguen de dia y noche al noble animal; si se quisiera ó fuese posible impedir de todo punto la caza de las hembras durante el verano, no cabe duda que al poco tiempo aumentaría considerablemente el número de cabras monteses, las cuales, si se exceptúa el hombre, tienen muy pocos enemigos. Las águilas y los buitres se apoderan á veces de algun pequeñuelo; pero, segun me han asegurado los pastores por mí interrogados, nunca se atreven con los machos viejos ni con las cabras. Mucho mas peligroso para estos últimos

es el lobo, sobre todo en invierno, cuando durante una copiosa nevada baja un rebaño á las faldas de la cordillera y se ve sorprendido por el carnicero á poca distancia de las rocas salvadoras; como no puede correr con la rapidez acostumbrada por entre la gruesa capa de nieve, pierden luego sus fuerzas, húndense en el espesor de esta y son pronto presa de su terrible enemigo.

CAZA.—El cazador español caza á nuestro rumiante con escopeta ó al acecho: calzado con sus alpargatas, las cuales le permiten caminar con seguridad por sitios donde no hubiera podido transitar el montañés de los Alpes con sus zapatos provistos de clavos en la suela, sube á menudo al través de los mas ásperos y angostos senderos hácia los picos de las montañas; trata de llegar á cierta altura para ponerse al viento de la cabra; arrástrase á gatas hasta el borde de las rocas; échase aquí luego, y despues de haberse quitado el sombrero, dirige una mirada al fondo del terrible é insondable abismo. Si no alcanza á ver ninguna pieza, imita entonces el estridente silbido de la cabra para atraerla en el caso de estar oculta. Cuando el cazador está bien escondido, no pocas veces consigue con el mismo silbido que un macho aislado se le aproxime á unos veinte pasos y aun á menor distancia, desde la cual apunta por mucho tiempo y con sumo cuidado al animal que se le presenta. Para una caza de tal naturaleza se necesitan de toda necesidad los potentes pulmones y piernas de un montañés del país; es sumamente penosa para los cazadores que no tienen el rudo temple de estos.

»Yo he introducido en la sierra de Gredos la caza al ojeo y he obtenido resultados sumamente satisfactorios. Despues de habernos puesto con gran cuidado al viento de la cabra, coloquéme yo juntamente con los cazadores por mí invitados sobre una colina que se levantaba en el fondo de un valle, y arrastrándonos sobre las manos y rodillas, pasamos á ocupar un puesto preparado en el borde de los escarpados peñascos, haciendo todo lo posible para no llamar en lo mas mínimo la atención de la caza, que podía encontrarse en el fondo del valle ó en las inmediaciones de las rocas. Los batidores, que despues de muchos rodeos y sin hacer el menor ruido han ocupado entre tanto las alturas de los montes que circundan el valle, comienzan en un momento dado á levantar espantosa gritería y arrojar pedruscos para levantar la caza. Todas las salidas y pasos están perfectamente guardados y por consiguiente no puede escaparse una sola pieza. Poco á poco comienza la animación sobre las cumbres vecinas; aparecen luego manadas mas ó menos numerosas de cabras monteses; detiéndose con frecuencia para escuchar el ruido promovido por nuestros batidores; dirigen con lento paso hácia nuestra colina; se acercan, por último, junto á las rocas ocupadas por nosotros, y es tal la lentitud con que avanzan, que á veces puede el cazador contemplar á los animales por espacio de una hora entera y apuntarles con toda seguridad antes de alojarles el mortífero plomo en la mitad del corazón. Si la descarga no va recta á esta parte del cuerpo, el cazador no puede ya apoderarse de su víctima, pues tiene esta tanta resistencia vital, que, aunque gravemente herida, trepa con bastante facilidad á lo alto de una roca escarpada, acuéstase en un ángulo saliente de la misma ó en una cueva, y muere aquí en sitio inaccesible para el hombre. Al oír el primer tiro, detiéndose á veces la manada, como si nada de particular hubiera sucedido, y como no puede ver ni olfatear al cazador escondido, da á este tiempo bastante para disparar de nuevo, de modo que si todo está convenientemente dispuesto y ninguno de los cazadores deja pasar delante de sí la pieza sin hacerle fuego, pueden varios cazadores ir disparando sucesivamente uno tras otro. Esta

manera de cazar es sin duda la mas cómoda, fácil y segura, especialmente en la sierra de Gredos, donde mis cazadores saben conducir perfectamente la batida y conocen bien todos los pasos que deben guardarse. Todos los veranos tengo la costumbre de consagrar de 5 á 7 dias á esta caza, y cada vez me ofrece nuevos encantos. Hasta á fines de junio no se encuentra ningun batidor español dispuesto á visitar las neveras que se hallan en los alrededores del Almanzor, y á últimos de agosto debe terminar ya la caza, pues comienzan de nuevo las grandes nevadas y tempestades en los altos picos de la cordillera, y es imposible aun para el cazador mas robusto y familiarizado con el rigor del clima permanecer sin grave riesgo en aquellas montañas solitarias y sin abrigo.

»Cuando se mata una cabra, la vacian inmediatamente, y despues de haberla rellenado de plantas aromáticas, la llevan por escabrosos caminos al cortijo mas próximo para trasladarla desde allí en un mulo.

»El coger una cabra viva es cosa muy casual: los cazadores expertos en su oficio aprovechan las copiosas nevadas para cazarlas con perros, despues de haber ocupado todos los pasos, y consiguen á veces su objeto: de este modo se cogieron siete de estos animales en el pasado invierno. Intrépidos montañeses procuran tambien sorprender durante el verano á nuestro rumiante: yo mismo presencié en cierta ocasion cómo uno de estos se acercaba con mucha cautela y contra el viento hácia una cueva, en la cual se habia refugiado un gran macho para resguardarse del calor de los rayos solares, tratando de cogerle vivo é impedirle la salida. Sin embargo, fracasó la tentativa, y bastante tuvo que hacer el atrevido cazador para no caer en el fondo del precipicio, derribado por el animal que salió furioso de su escondrijo.

CAUTIVIDAD.—No parece posible conservar en ella á los machos viejos: de aquellos siete individuos que, como hemos dicho, fueron cogidos en el invierno pasado y atadas las piernas se les llevó al pueblo, cinco murieron á las cinco horas de marcha, á causa del temor y angustia que les atormentaba; y los dos restantes murieron de rabia en su cuadra á las pocas horas de haber llegado á su destino.

USOS Y PRODUCTOS.—La carne es bastante estimada y se vende á un subido precio; no se aprecian menos los cuernos y la piel.»

LAS CABRAS—HIRCUS

CARACTERES.—Las cabras, en el sentido estricto de la palabra, son algo mas pequeñas que los ibex: los cuernos son mas ó menos comprimidos, de bordes cortantes y provistos de pliegues trasversales ó rugosidades en el macho; los de la hembra son anillados y rugosos. En los demás caracteres se asemejan á los ibex, de modo que apenas pueden ser separadas del grupo de estos y constituir una sub-familia de escasa importancia.

LA CABRA SILVESTRE—HIRCUS ÆGAGRUS

La cabra comparte la suerte de los demás animales domésticos: no sabemos cuál es la especie madre; y en cuanto á las salvajes, que habitan principalmente el Asia, las conocemos tan poco, que ni aproximadamente podemos fijar el número de sus especies. Varios naturalistas opinan que debe considerarse la cabra de bezoar como el tronco ó matriz de las domésticas: sea de ello lo que fuere, vemos que tiene los mismos caracteres y solo se diferencia por la direccion de los cuernos.

CARACTERES.—La cabra silvestre ó de bezoar, llamada tambien *paseng* (*capra ægagrus*, *bezoartica*, *ægoceros*, *æga-*

grus y *pictus*) es algo mas pequeña que el ibex de los Alpes; pero mucho mas grande que nuestra cabra doméstica. Un macho adulto mide 1^m,50 de largo: la cola 0^m,20; tiene 0^m,95 de altura hasta la cruz, y 0^m,97 hasta el sacro: la hembra es algo mas pequeña (fig. 251).

Este animal tiene el cuerpo prolongado, el lomo cortante, el cuello de un largo regular, la cabeza corta, el hocico obtuso, la frente ancha, el dorso de la nariz casi recto, las piernas largas y fuertes, los cascos obtusos, la cola muy corta, cubierta de pelos largos y crespos, los ojos pequeños y las orejas regulares. Los cuernos del macho, largos y fuertes, miden 0^m,40 en los individuos jóvenes y mas de 0^m,80 en los viejos; en estos últimos forman un semicírculo, y en aquellos describen un arco hácia fuera. Muy juntos en la base, se apartan luego hasta el centro, y se encorvan despues hácia adelante y adentro. Hácia la mitad de su extension están separados entre sí de 0^m,30 á 0^m,40; en la punta median de 0^m,12 á 0^m,15, con corta diferencia, inclinándose ligeramente hácia fuera. Estos cuernos son comprimidos lateralmente, de arista aguda adelante y detrás, redondeados y convexos en la cara externa; los individuos viejos tienen de diez á doce anillos trasversales y un gran número de rugosidades. Cubre el cuerpo un bozo corto, bastante fino, y sedas largas, cerdosas y alisadas; ambos sexos están provistos de una barba espesa y prolongada. El color del pelaje es gris, rojo claro ó amarillo pardo, que tira al rojo, siendo menos subido en los lados y el vientre; el pecho y el cuello son de un pardo negro oscuro; el vientre y las caras interna y posterior de los miembros de color blanco. Ocupa toda la linea media dorsal una faja pardo negro oscura, distintamente marcada y que se adelgaza en sus dos extremos; entre las piernas anteriores corre otra del mismo tinte, que separa la parte superior del cuerpo de la inferior. Las piernas delanteras son de un pardo negro oscuro por delante y á los lados, estando, como las posteriores, rayadas de blanco por encima del pié. Los lados de la cabeza son de un gris rojo; la frente pardo negra; el nacimiento de la nariz y la barba, de un pardo negro oscuro, y los labios blancos.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—La cabra de bezoar habita una extension bastante grande del oeste y del centro del Asia: se la encuentra al sur del Cáucaso, en el Tauro y en la mayor parte de las demás montañas del Asia menor y de la Persia á mucha distancia hácia el sur, en varias islas del mar Mediterráneo, especialmente del Archipiélago griego, y quizás aparece tambien en las mas altas cordilleras de la península helénica. Segun recientes investigaciones, no cabe duda que este animal es el mismo de que habla Homero en la descripcion de la isla de los Cíclopes: «Recorre esta isla innumerable multitud de cabras, las cuales viven en estado salvaje, pues no hay en ella ningun sendero abierto por los hombres que pueda infundirles espanto.»

Ya desde los tiempos de Belon, esto es, desde la mitad del siglo xvi, sabíamos que vivia en Creta una cabra silvestre, y mas tarde se averiguó que el mismo animal ú otro muy parecido habita en las islas Cícladas. En el año 1844 refiere el conde de la Mühle lo siguiente: «En la isla de Joura cerca de Scopelos, al norte de Eubea, la cual está completamente desierta é inhabitada, excepcion hecha de un viejo ermitaño que mora en ella, hay un sinnúmero de cabras, de las que, á pesar de mis muchos esfuerzos y promesas, no he podido nunca obtener ni un solo cuerno, ni me ha sido posible adquirir noticia alguna. Son tan malignas, que acometen fácilmente al cazador y lo arrojan de lo alto de las peñas en el caso de no estar prevenido. En el año 1839 un batallón de soldados griegos fué arrojado por vientos contrarios

á aquella isla, y en breve tiempo lograron matar veinte de aquellos animales, siendo muertos una parte de los mismos con las bayonetas. Encuéntrase tambien la misma cabra en los montes Veluki y Oeta.» Diez ó doce años mas tarde dice Erhard que él tambien habia tenido noticias de que estas cabras existian en Creta y en varias de las islas Cícladas y Strofadas, y añade que en el mes de mayo de 1854 llegó á su poder una de ellas muerta en Cremomelos ó Antimelos, pequeña isla erizada de peñascos muy elevados y casi inaccesibles. El mismo Erhard examinó mas tarde la piel de un macho adulto cubierto de su pelaje de verano, y le pareció no corresponder á la frase característica de la cabra de bezoar, viéndose por esto obligado á describir el animal en cuestion, como si fuera una especie nueva, bajo la denominacion de *ægoceros pictus*. Confirmóse en su opinion

despues que en la primavera del año 1856 pudo comparar con el suyo un macho de unos tres meses de edad, originario de la isla de Joura, y hubo reconocido, tanto en este, como en el que recibió mas tarde de la isla de Creta, á la cabra de bezoar. Despues que, merced á los desvelos del cónsul inglés de Candia, señor Sandwith, llegó á Lóndres en los últimos años un macho vivo de la especie de los que viven en estado salvaje en la isla citada, se estableció la unidad de especie respecto de todas las cabras silvestres que moran en las islas de los mares que bañan la Grecia y de las de bezoar, de manera que ahora contamos estas últimas en el número de los animales europeos. Segun Erhard, la cabra llamada silvestre que se encuentra en las montañas del continente, no tiene nada de comun con nuestra especie, y no es otra que la gamuza; por el contrario, se me ha asegurado

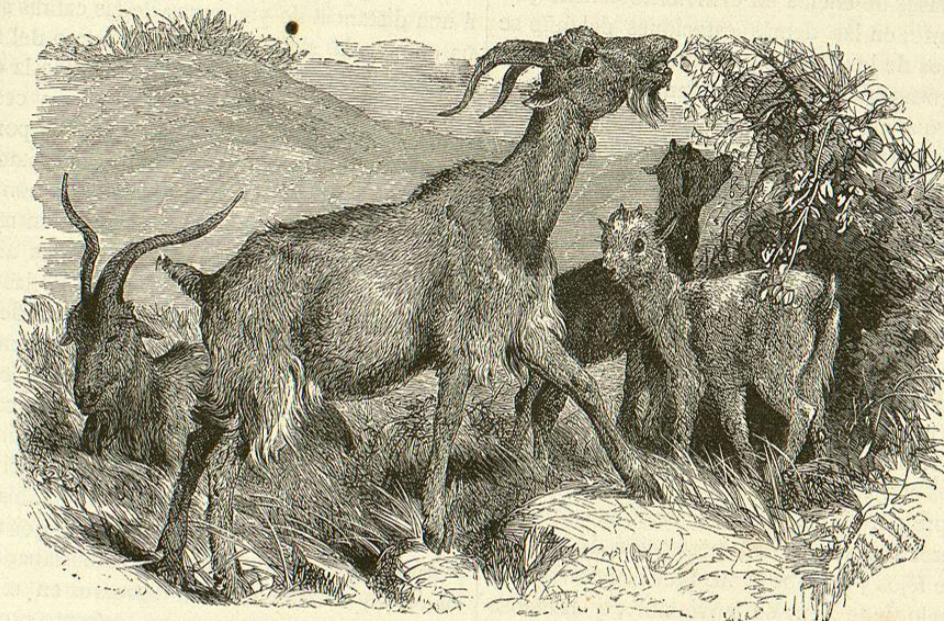


Fig. 251.—LA CABRA SILVESTRE

en los últimos tiempos por personas dignas de todo crédito que los cazadores ingleses van desde Corfú á las cordilleras de Albania para cazar las cabras silvestres, por lo que no tendria nada de extraño que existieran tambien en esta parte de Europa todavia tan poco conocida.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Erhard nos proporciona varias noticias, las cuales están confirmadas por Sandwith, acerca del régimen de las cabras de bezoar en estado libre. Abunda todavia nuestro animal en la mayor parte de las montañas de Creta, particularmente en la cima y en los alrededores del Ida, monte que se eleva á unos dos mil quinientos metros sobre el mar; vésele comunmente reunido en manadas de cuarenta á cincuenta individuos, las cuales se dividen en otras mas pequeñas, compuestas de seis ú ocho, á mediados de otoño, que es cuando comienza el periodo del celo. La hembra pare casi siempre poco antes de la primavera dos pequeños, raras veces tres, los cuales se juntan desde el momento que han nacido, con el nuevo rebano que se va formando. Las cabras silvestres se aparean á veces con sus descendientes ó congéneres domesticados, y procrean mestizos, que fieles á las costumbres del padre salvaje, buscan moradas casi siempre inaccesibles en las altas cumbres del monte Ida, lejos de toda habitacion humana. Cuéntase que uno de estos mestizos, de tamaño mayor que sus demás congéneres, recorría á los cincuenta años de edad el monte Ida, y era conocido de todos los pastores de aquella region por su pelo que habia llegado á ser

completamente cano. Dicen que estas cabras comen sin distincion yerba verde y seca, si bien parecen preferir la alcaparra. Nuestro animal vivió siempre en Cremomelos formando manadas mucho mas pequeñas, y en los años arriba citados tan solo se veian algunos individuos dispersos: esta rápida disminucion debe atribuirse menos á la caza que á las circunstancias de haber sido llevadas á pacer años atrás á Antimelos unas ovejas atacadas de una enfermedad contagiosa, la cual se comunicó á nuestras cabras y mató á muchas de ellas. Como en el reducido territorio de la pequeña isla no crecen ni árboles ni yerbas, Erhard opina que nuestro animal debe alimentarse tan solo de los retoños del acanto, que abunda en todas las Cícladas, y especialmente, de la retama, zumaque, tamarisco, tomillo, antilida, orégano, cabezuela y otros pequeños arbustos.

En el Asia occidental, en cuyas altas montañas abunda mucho la cabra de bezoar, habita por lo comun, segun Kotschy, en un cinto de peñascos de 1,500 metros de elevacion y busca con preferencia aquellas partes de la montaña alrededor de cuyas rocas crecen abundantemente unas altas plantas umbelíferas con flores amarillas, que constituyen su alimento predilecto. Segun datos de los cazadores turcos, los cuales dan á nuestra cabra el nombre de *gejick* y el de *thoke* á los machos viejos, gustan estos de pacer, al modo que el ibex alpino, en las altas cumbres de las montañas, en el limite de los glaciares y de las nieves eternas; suben hasta estas alturas en verano para entregarse á la soledad, segun es cos-